NINJA KID

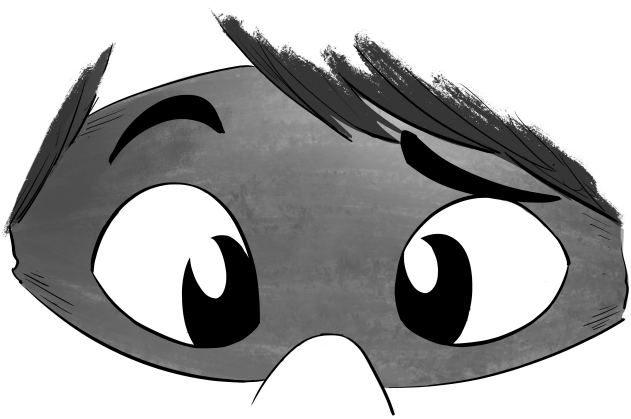
RBA MOLINO

ANH DO

Ilustraciones de Jeremy Ley

NINJA KID

Traducción de Mireia Rué



RBA



Título original inglés: *Ninja Kid*.
Autor: Ahn Do.

© del texto: Anh Do, 2018.
© de las ilustraciones: Jeremy Ley, 2018.
© de la traducción: Mireia Rué, 2019.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona
rbalibros.com

Primera edición: marzo de 2019.

RBA MOLINO
REF.: MONL505
ISBN: 978-84-272-1503-0
Depósito legal: B-3.103-2019

Preimpresión • El taller del llibre

Impreso en España • *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

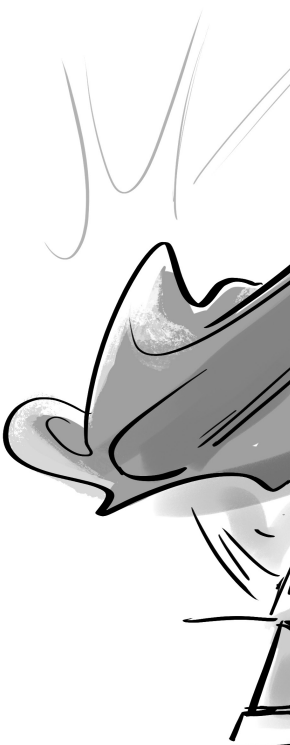
UNO

Estaba superemocionado: ¡iba a cumplir diez años! Mi cumpleaños, no obstante, no empezó muy bien, porque esa mañana, al abrir los ojos, vi que tenía **esto** plantado en la nariz.



¡AAAAA

¡Las arañas son mi **peor** pesadilla! Le di un manotazo y me apresuré a saltar de la cama antes de que pudiera picarme, pero el pie se me quedó **enredado** en la manta. ¡Iba a tener una **CAÍDA ÉPICA!**



Eso de caerme es algo que suelo hacer A MENUDO. En realidad, lo hago muchísimo. Esa mañana, sin embargo, ocurrió otra cosa..., algo muy extraño.


HHHHH!

Justo antes de aterrizar de narices en el suelo, di un giro e hice dos volteretas **ALUCINANTES** en el aire. Mis brazos esqueléticos se desplegaron y, como un par de muelles, me mandaron de vuelta al suelo, donde aterricé de pie **¡A LA PERFECCIÓN!**



Soy Nelson Kane, el **Pringado** Nelson Kane que vive en un vertedero en Duck Creek. Lo mío es **tropezar**, **caerme**, pero **¡NO** dar dobles volteretas en el aire!

Cada mañana, el espejo me recuerda exactamente quién soy.



Esa mañana, sin embargo, cuando me miré en el espejo, me di cuenta de algo muy extraño... Veía con toda claridad... ¡**sin** las gafas!



Normalmente no veía ni torta sin ellas.

Pero ese día ¡lo vi todo borroso cuando me las **PUSE**!

Me las quité y... ¡perfecto!



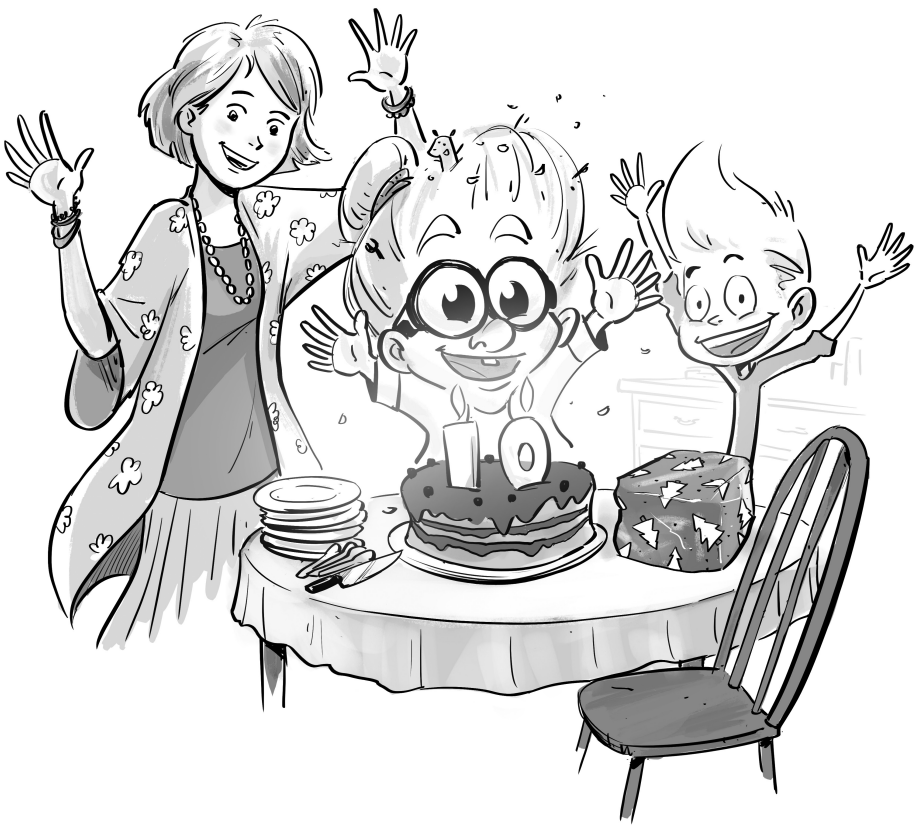
¡¿Qué estaba pasando?!

–¡Nelson, a desayunar! –gritó mi madre, al pie de las escaleras.

Me froté los ojos. Quizás aún estaba soñando cuando había dado esa impresionante doble voltereta.

Pero ¿cómo se explicaba que pudiera ver a la perfección?

–¡Feliz cumpleaños, Nelson! –chillaron mamá, la abuela Pat y el primo Kenny desde la cocina.



Estaban los tres de pie junto a la mesa, donde había un pastel de chocolate **ENORME**.

Mamá me tendió un regalo envuelto en el mismo papel que siempre solía usar en Navidades.



Vivimos en un **vertedero** y, la verdad, no nos va muy bien, así que, para llegar a fin de mes, mamá tiene que trabajar muchas horas como mujer de la limpieza. Por eso trata de ahorrar tanto dinero como puede.

Retiré con cuidado el viejo papel.

No había una, sino **¡dos** sudaderas de **superhéroe** nuevas!

¡GUAYYY!

Tenían una capucha especial que te cubría la nariz y ¡te daba el aspecto de un superhéroe de **verdad!**



Me puse una enseguida.

Vaya... Eran fantásticas, pero ¡me venían **demasiaaado** grandes!



–Eran las únicas tallas que quedaban en la oferta dos por uno –me aclaró mi madre–. Con el tiempo te quedarán bien.

–¡Me encantan! –exclamé, pensando que ¡tendrían que pasar **cinco años** para que me quedaran a la medida!

–No te olvides de **mi** regalo –me dijo el primo Kenny, entregándome un paquete de galletas envuelto en una cinta roja.

–¡Genial! –repuse–. ¡Son mis preferidas!

Al retirar la cinta, vi que el paquete estaba vacío. Dentro había una nota que decía:

LO SIENTO.



–Es que me **moría** de hambre –arguyó Kenny.

El primo Kenny está muy delgado, pero ¡come como un animal!

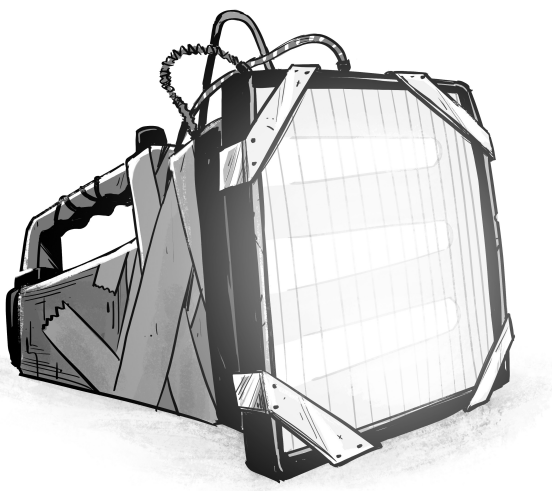
–Tranquilo, Kenny. Ya sé que te chiflan las galletas de chocolate. Gracias de todos modos.

La abuela me dio una mochila que tenía una pinta un poco destartalada.



–Ahora ya eres mayor, Nelson, y necesitarás cosas de chico mayor –me dijo–. Vamos, adelante... mira dentro.

Abrí la cremallera de la mochila y extraje un montón de cosas **raras,** pero había una que se llevaba la palma.



–¿Qué es esto?

–Una **linterna** y una **estufa** ¡todo en uno!

–¡Es **genial!** –exclamó Kenny–. Para cuando está oscuro y hace frío.

–¡Gracias, abuela! –dije.



Mi abuela es muy guay. Mientras las demás abuelas se pasan el día sentadas, tejiendo calcetines, la mía inventa cosas alucinantes... más o menos. Digo «más o menos» porque casi siempre crea aparatos **muy raros**.

Es muy práctico que el vertedero esté repleto de trastos viejos que se pueden usar.

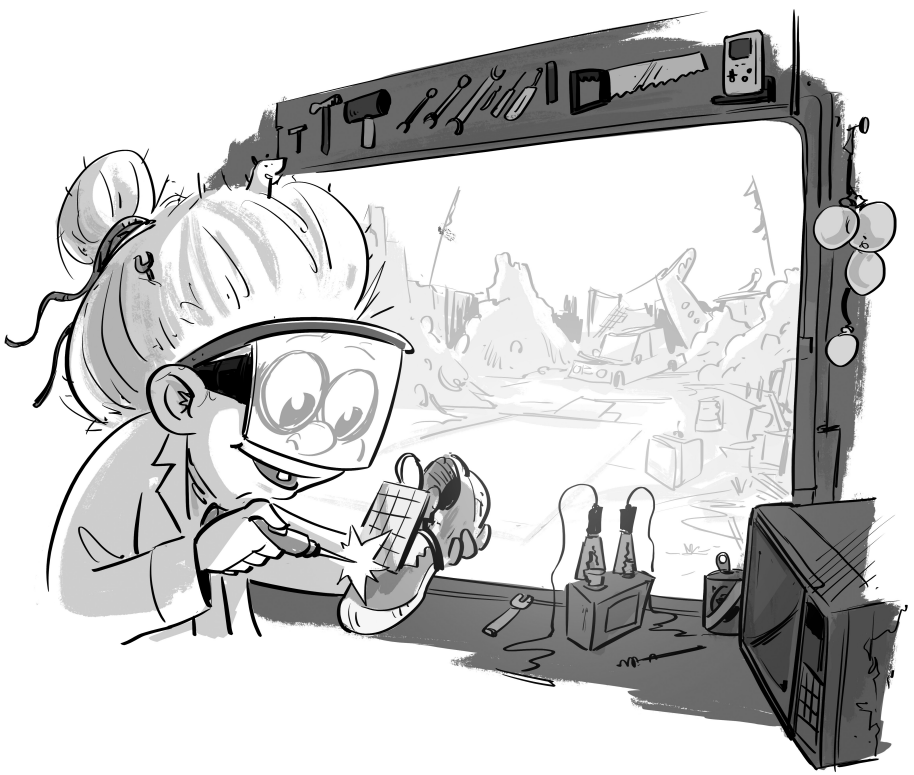




Desde cortacéspedes estropeados, hasta coches viejos y piezas de ordenadores.

La abuela se pasa el día desmontando máquinas para construir cosas **nuevas**.

Algunos de sus inventos son brillantes y podrían hacernos ganar mucho dinero, de no ser por el detalle que unas veces funcionan y otras, **NO**.



Como esas alucinantes zapatillas deportivas alimentadas con energía solar. En los días soleados, ¡te hacían correr **superrápido!**

El único problema era que, cuando alguna nube bloqueaba los rayos del sol... ¡las zapatillas iban **marcha atrás!**



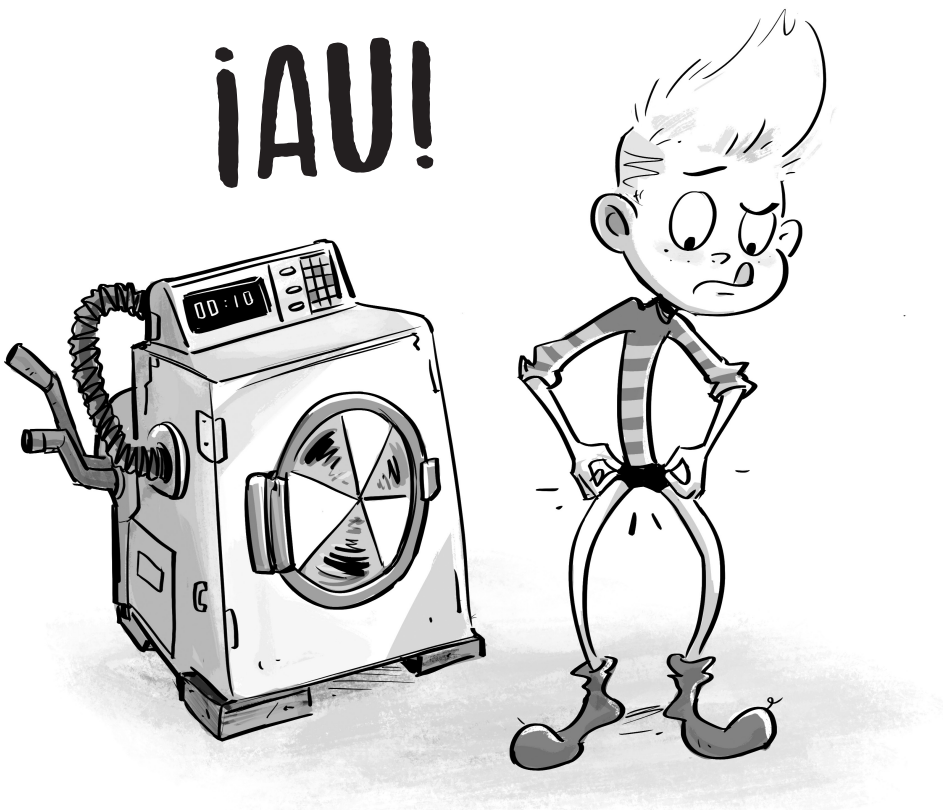
O la bici a motor que funcionaba con plátanos. Era respetuosa con el medio ambiente y te fortalecía las piernas...



Pero, al cabo de un rato, **olías** a plátano. Lo descubrí de la peor manera cuando pasé junto a los monos del zoo.



Y luego estaba la secadora a microondas, que dejaba la ropa seca en 10 segundos. ¿Quién no querría una de esas? El caso es que la secadora supersónica de la abuela de vez en cuando **encogía** los pantalones cortos: de la talla 20 ¡pasaban a la 2!



¡Eso me dio una **gran** idea!

–¡Eh! –exclamé–. ¡Podemos utilizar la secadora supersónica de la abuela para encoger mis sudaderas!

–¡Bien pensado! –coincidió Kenny.

–Vale –repuso la abuela, un poco nerviosa–. Tendría que hacerle algunos ajustes... No querría cargarme tus sudaderas. ¡Menos mal que tienes **dos**! –bromeó.